

EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguei de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arrieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benitez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).

Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarion).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
García y García (D. José).
García Santisteban (D. Rafael).
Haes (D. Carlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J.).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Ildefonso).
Jimeno (D. Roman).

Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Cosío (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Eulogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso).
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I.

DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 1866.

NÚM. VI.

SUMARIO.

LA GOTA DE AGUA, por D. Isidoro Fernandez Florez.—EL COLLAR DE PERLAS (continuacion), por D. Santiago de Liniers.—MIRANDO AL RIO (traducción de Lenao), por D. M. Vergara.—CANTANA EN LA ALDEA, por D. Ricardo de la Vega.—BIOGRAFIAS ARTISTICAS (Wiertz), por D. Antonio Echavarria.—REVISTA LIRICA, por D. J. Ildefonso Jimeno.—VARIEDADES.

LA GOTA DE AGUA.

Pasan otros su vida en lamentar la pequeñez de las cosas grandes; yo entretengo la mia contemplando la grandeza de las cosas pequeñas. Si alguno con despreciativo fruncimiento de lábios me habla de la enormidad de los Andes, yo le enseño con respeto un imperceptible grano de arena. Si él encuentra ruin al elefante, yo veo inmenso al arador: si el mar me dice, es una gota de agua ante la grandeza de Dios, la gota de agua, le contesto, es un mar ante la pequeñez de los hombres.

Y sucede, porque esto sucede siempre que dos sostienen opiniones contrarias, que todos tenemos razon. Para unos, el mar es únicamente un conjunto de gotas de agua. Para otros, una gota de agua fué la madre del mar. Asi, pues, aquellos ven los mares muy pequeños, y estos ven la gota de agua muy grande.

Abro el Diccionario y leo: *Gota*; es una particella de agua. No lo dudeis aunque lo diga un académico.

Habla el poeta y nos dice que la gota de agua es una perla. Perlas pide á la aurora, no rocío: cada uno implora por lo que necesita. Para el vate una

gota de agua es un brillante. Los poetas siempre han sido muy prosaicos.

No hay más que un poeta que sepa dar su valor á una gota de agua: la sed.

¿Mas, qué poemas pueden competir en interés, en magnificas formas con el que encierra dentro de sí la más ténue gota de agua?

Homero y Shakespeare han escrito los poemas de los hombres: Jansen, que inventó el microscopio, fué el primero que leyó los poemas escritos por Dios en una gota de agua.

Regnaul y Cuvier, para descifrar esos misterios, como Quevedo para leer sus sátiras, necesitaron anteojos; mas cuando el poeta se calaba sus lentes, veía empequeñecerse ante él los hombres; Cuvier y Regnaul, cuando miraban á través del microscopio, sentíanse más pequeños.

La simple vista distingue apenas la gota de agua que descansa entre los pétalos de una flor; pero la mirada de la ciencia cae sobre ella y la gota se ilumina, crece como henchida de un soplo divino, y el ojo atrevido que se asoma al cristal del microscopio, se retira asombrado y temeroso, viendo como venir-sele encima un Océano inmenso poblado de infinitos y extraños seres, sin forma casi, casi sin color; pero que se agitan y cruzan y van y vienen, viven y mueren, y se renuevan incesantemente.

Retírase, decimos, y de aquella admirable creacion, de aquel sin fin de mundos en que las maravillas se eslabonan hasta donde no alcanza el pensamiento; de aquellos millares de millones de imperceptibles seres que quizás aman, que quizás odian, que acaso tienen ambiciones tan ruines como ellos, ó tan grandes como su pequeñez, queda sólo una serena y mezquina gota de agua.

Y todos esos diminutos seres perdidos en el cóncavo

azul de una gota de agua, son tan perfectos como el hombre: acaso más. Ellos no le necesitan para existir, y nosotros pereceríamos sin ellos.

Pero no es únicamente el sábio quien puede decirnos todo el bien que encierran las gotas de agua.

En medio de ese campo, abrasado por los rayos del sol, vereis quizás el labrador á quien la fatiga, y más aun la tristeza, encorban sobre la tierra estéril y sedienta. Su mirada fija como su pensamiento en las altas nubes que huyen con sus esperanzas, parece leer en ellas ya una dulce promesa, ya una terrible amenaza. El cielo es el libro del labrador: las nubes son letras para él. La tristeza del labrador es la pérdida de la futura cosecha, es el hambre para sus hijos, y quizás para todo un reino: su alegría es el pan en su mesa, el fuego en su hogar, la paz y la abundancia del país entero. Y cuando las nubes pasan sobre el labrador sin dejar sobre su rugosa frente una gota de agua, tibia y perfumada como una lágrima de placer, él no sonríe, porque la tierra, como el rico avariento, pide esa gota de agua.

El bien, sin embargo, es muchas veces el camino del mal, y gracias á ese destello de luz que llamamos inteligencia, no hay bien que no sea malo. Descubrió el hombre en los campos el lino, y vistió con él á su prójimo y le ahorcó despues. Con unas gotas de agua aplacó la Samaritana la sed de Cristo; con otras cuantas gotas de agua oradaban los familiares del Santo Oficio los cráneos de los hereges. La gota de agua caía lenta y fria sobre aquellas desdichadas cabezas, copas vivientes que no despreciaría para sus festines el diablo.

Mas no siempre el mal viene de los hombres: alguna vez es una ley de la naturaleza.

Cuando los rios sintiéndose oprimidos en su cáuce rompen y salvan sus naturales diques, no es la mano del hombre la que los impele y les hace devorar pueblos enteros. Las aguas se mantenian en el justo nivel: una gota de agua y otra y millares de gotas les hicieron gemir é hincharse, mas no bastaron á desbordarles; una por fin, *la última gota* cayó trayendo consigo la ruina de una comarca.

¿Odiareis por esto esos átomos de vida que os sustentan?

¿Maldecireis quizás la gota de agua, porque al verla sobre la hoja del árbol ó sobre el tallo de la flor, os traiga á la memoria ocultas lágrimas, gotas de agua hijas de las tempestades del alma?

Y en verdad que tambien las lágrimas son gotas de agua: quién sabe, sin embargo, si, aplicándolas el microscopio, descubriría en ellas el sábio seres felices.

De todas maneras, nada tan digno de respeto para nosotros como una gota de agua por pequeña que sea. Ella nos infunde, al nacer, el alma cristiana: ella es el sagrado rocío de amor y perdon que desciende sobre nuestro cadáver en su último lecho.

ISIDORO FERNANDEZ FLÓREZ.

EL COLLAR DE PERLAS,

CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

Continuacion.

IX.

D. Cosme se frotó los ojos como si no acertase á persuadirse de que no habia nadie en la cocina; registró todos los rincones y todos los *desahogos* de aquella pieza indispensable, sin olvidar el sitio de las escobas ni la carbonera, creyendo que de un momento á otro iba á ver aparecer por lo menos la sombra del mozo de cordel por detrás de la tinaja, ó asomándose por entre las patas del fregadero, sacando la cabeza de la artesa.

D. Cosme se perdió, sin embargo, en tan maravillosas conjeturas, sin poder descubrir la causa del misterioso suceso que se presentaba á su vista con tan inverosímiles caracteres.

Un suceso que en cualquiera circunstancia hubiese sido insignificante, vino á aumentar en la presente la confusion que el bueno de D. Cosme experimentaba; sonó la campanilla, y lo prolongado de sus vibraciones, la fuerza con que se la habia impuesto el movimiento, ó tal vez esa especie de intuicion que siempre acompaña á un estado de sobreexcitación nerviosa, hicieron adivinar á D. Cosme que su mujer, y nadie más que su mujer, era la que tenia agarrado el cordon, primer anillo de la corriente eléctrica, cuya descarga oprimia su corazón en aquellos momentos.

Ahora bien; D. Cosme sabia que doña Brígida no venia sola, sino con su hija, recordaba que el baul se hallaba en la antesala, y se estremecía ante la idea de la impresion que causaría en ella aquel mueble acusador, especie de caballo de Troya introducido en la plaza fuerte de su cariño por un Ulises de su familia.

Conjurar este mal y retardar, aunque no fuese más que por un momento, la tempestad que le amenazaba, fué el único pensamiento de D. Cosme, tan prontamente formulado como puesto en ejecucion; apenas, pues, oyó el campanillazo, salió de la cocina apresuradamente, pero de puntillas, previno con un gesto enérgico (hay quien supone que acompañado de un pellizco) á la criada para que no abriese la puerta, y la indicó, siempre por señas, que le ayudase á entrar el cofre en su cuarto por la puerta de escape que de la antesala conducía á su alcoba: cogieron, pues, amo y criada de los agarradores del baul, y marchando hácia atrás la alcarreña y hácia adelante el veterano oficinista, enfilaron con la puercecilla el gigantesco *mundo* que querían hacer desaparecer; pero aquí fué Troya: amo y criada habian contado sin la huésped, ó por mejor decir, sin la puerta, que sólo permitía se escapasen por ella personas delgadas y cosas de poco bulto; á fuerza de fuerzas y tirando de un lado, ladeando de otro,

atrapándose los dedos entre los cantos del cofre y el quicio de la puerta, y sudando la gota gorda, lograron que entrase la mitad del monstruoso baul; pero era tan estrecho el espacio, que la cerradura y el candado que estaban colocados en esta parte, fueron bastante impedimento para que pasase el resto. En este momento, que por corto que fuese, habia sido lo bastantemente largo para hacer perder la paciencia á doña Brígida, sonó otro campanillazo mucho más fuerte todavía que el primero; la criada, que no habia previsto este nuevo repique, lanzó un agudo y prolongado ¡ay!!! dejando caer al mismo tiempo el lado del cofre encomendado á su cuidado; D. Cosme, que tampoco esperaba este abandono, no tuvo fuerzas para sostener él solo el inmenso peso del baul, y le dejó caer igualmente; pero menos afortunado ó más torpe que la alcarreña, al tiempo de recobrar el baul su primitiva posición, le cogió un pié, haciéndole prorumpir, á pesar suyo, en un quejido de dolor que, al mismo tiempo que el ¡ay!!! de la criada, llegó á oídos de doña Brígida, haciendo que por tercera vez se apoderase del cordon de la campanilla, que por desgracia del casero no llegó á abandonar como en las anteriores, porque al mismo tiempo que por efecto de su valiente sacudida se quedaba con él en la mano, la puerta de la casa se abrió, y el espantado y dolorido rostro de su desventurado esposo se ofreció á su vista, distrayendo por un momento su atención del destrozo que acababa de causar.

D. Cosme, á pesar del dolor que sufre en el pié magullado, parece decidido á interceptar el paso á su mujer.

—¡Vamos, vamos! la dice, ¿qué prisas tienes?

—¿Cómo qué prisas? Pues me gusta, contesta doña Brígida echando centellas por los ojos y agitando todavía en su mano el agarrador de la campanilla.—Es todo lo que me quedaba que oír.—¡Qué prisas! y hace dos horas que estamos á la puerta; vamos deja pasar, que te aseguro que la Petrita va á llevar una...

Petra era el nombre de la criada; el llamarla por su diminutivo y el tono con que se expresaba doña Brígida dirigiendo al inocente D. Cosme miradas incendiarias, hará comprender al lector cuán injustas sospechas habian hecho nacer en el desconfiado, á la par que sensible, corazón de doña Brígida, los pasos en puntillas, las palabras pronunciadas en voz baja, los ruidos sordos, y más que nada aquellos dos gritos, femenino el uno, varonil el otro, que claros y distintos llegaron á sus celosos oídos.

D. Cosme, preocupado con el dolor que sufría y con la desazon que esperaba, no comprendió la intencionada reticencia de doña Brígida, é instintivamente seguía pegado á la puerta como si quisiese servir de antemural á los impetuosos deseos de su mujer.

Pero la situación era insostenible para ésta y aun para Irene, que, tímida é impresionable como todas las personas que de veras quieren, veía un peligro para su amor en cada circunstancia, por insignificante que fuese, y así es que sin pronunciar más pa-

labras, doña Brígida arrolló el débil obstáculo que se la oponía y penetró en su casa, más amenazadora y terrible que la madre Juno á la noticia de cualquier picardigüela de su esposo.

En vano D. Cosme la siguió, colocándose delante de la puerta de su cuarto, este paso irritó todavía más á doña Brígida; en vano su pobre marido la dió á entender por gestos que se callase; en vano veía retratada en la fisonomía de la supuesta Dafne la inocencia relativa más elocuente; todo fué en vano; D. Cosme y Petra que juntos tapaban la puerta, fueron separados por el brazo de la esposa ofendida algo más bruscamente de lo que á su dignidad convenia, y el misterioso baul se ofreció por completo á las miradas de los recién llegados.

La curiosidad venció á los celos.

—¿Qué es eso? fué la primera pregunta de doña Brígida.

—¿Qué es eso? dijo al mismo tiempo Irene, más sorprendida que asustada.

—Yo no sé, señora,—dijo la criada por decir algo.

—Vamos, di, instaba doña Brígida, ¿qué significa ese cofre en tu cuarto?

—Nada contestó por fin el aludido: ¿qué ha de significar? un baul como otro cualquiera.—Vamos mujer, añadió, mirando á su hija que no parecía si no que fuese una cosa del otro mundo: anda, vete á tu cuarto y déjame con tu madre: vamos adentro Brígida,—y tú—dirigiéndose á la criada—á la cocina, ¿cuidado que es mucha curiosidad!

—Pues, una cuando hace falta la llaman y luego...

—Vamos andando.

—¡Vaya unos misterios! y se entró dando un portazo que hizo temblar todos los cacharros de su departamento.

—Vaya, me parece que ya es hora de que me digas....

—Allá voy mujer, allá voy, ¿sabes qué hay en ese baul?

—No.

—Pues yo tampoco, pero me lo presumo.

—¿Pero qué te presumes?

—Tóma, añadió, dándole la carta de su hermano.

Doña Brígida la leyó con toda la presteza que su cortedad de vista permitía, y cuando la hubo concluido:

—¿Y tú crees?—dijo á su marido mirando á todos lados con cierto aire misterioso.

—Estoy seguro.

—¡Y habrá cosas preciosas!

—Figúrate tú un hombre de su dinero y que quiere casarse, habrá echado el resto.

—¿Y viene cerrado? preguntó insidiosamente doña Brígida.

—Pues es natural.

—Podíamos abrirle.

—¿Para qué? ¿Para andar curioseando las cosas y descomponiéndolo todo, y luego decirle al pobre Pasquis (este es el nombre abreviado con que solía llamarle su hermano) que se vuelva por donde vino?

—No hombre, no es para tanto, le contestó su mujer en tono conciliador primeramente, que todavía no se ha decidido Irene.

—¿Cómo que no? y me habeis estado moliendo un mes seguido con vuestras lamentaciones; pues es bueno esto: ¿en qué quedamos? ¿se casa con Fernando ó con su tío?

—Bien, bien, lo que tú quieras.

—No, lo que yo quiero ya lo sé yo; vosotras sois las que no quereis.

—Bueno, bueno; pero aun suponiendo que no se case con tu hermano nada se perdería con ver las cosas que pensaba regalarla.

—Pues no señor,—dice D. Cosme, que en los días que ha durado la lucha con su familia ha descubierto en sí mismo condiciones de energía de que antes no se sospechaba poseedor.

—O una cosa ú otra, si quiere casarse con su.....

—No des gritos, hombre, le dice doña Brigida, que teme que Irene oiga la conversacion.

—Si quiere casarse con su tío,—continúa en voz más baja D. Cosme, suyo es todo, y podeis despacharos á vuestro gusto registrando y gulusmeando todos los pingajos; pero si no quiere, como no quiere, qué diablo, no hay que hacerse ilusiones; si no quiere, lo más digno, lo más decente es decir á mi hermano cuando venga: «amigo mío, la chica tenía un compromiso, te se agradece tu intencion, y sentimos mucho que las cosas no se arreglen al gusto de todos ¡cómo ha de ser! Ahí tienes el cofre que mandaste con los regalos, que no lo hemos querido abrir hasta que tú vinieras; ya encontrarás alguna buena muchacha en que emplearlos dignamente.» —digo, me parece, continuó D. Cosme, muy satisfecho de esta improvisacion oratoria—que á lo menos hay que darle esta satisfaccion, con lo cual él y nosotros quedamos bien ¡que demonche! despues de todo mejor es que se case con una persona que no sea de la familia; los matrimonios entre parientes no son buenos, y el otro día vi en *La Correspondencia*..... con que nada, aguardaremos á que llegue, le contaremos lo que pasa, y tan amigos como antes; ¡ah! se me olvidaba: como no sé cuándo se le antojará presentarse á ese diablo de Pasquis, el baul no puede estar ahí en la puerta de mi alcoba como el zancarron de Mahoma: meterle en la sala y taparle con algo para que no coja polvo.

Doña Brigida bien quisiera hacer alguna observacion á las prudentes reflexiones de su marido; mujer al fin y al cabo, la controversia es su flaco y se inclina al lado del positivismo y de la conveniencia tan sólo porque su marido la emprende por el camino de la prudente medianía y del cariño desinteresado: cuando D. Cosme la echaba de hombre práctico, la han oido ustedes poetizar; ahora que D. Cosme poetiza la van ustedes á oir.

Pero no, no la oirán ustedes nada, porque en el mismo momento en que fué á abrir la boca para tratar de convencer de versatilidad á su marido, se abrió la puerta del comedor, é Irene, bañada en llanto y visiblemente conmovida, se precipitó en el cuar-

to, y dirigiéndose á su padre le abrazó estrechamente diciéndole: gracias, papá, gracias, todo lo he oido: soy muy feliz, y verá usted como todos lo somos más de aquí en adelante—con lo cual se disiparon por completo las vacilaciones de doña Brigida y abrazó tambien á Irene, tomando parte en el general contento.

(Se continuará).

MIRANDO AL RIO.

(Traduccion de Lenau.)

Cuando la dicha se escapa huyendo
Sin dejar en tí nada,
Mira el arroyo que va esparciendo
Su espuma nacarada.

Tiende la vista, mira allá abajo
Y, si puedes, olvida,
¿Te cuesta mucho, mucho trabajo?
¡Ay! ¿te pesa la vida?

Lágrimas viertes sobre las olas
Que pasan murmurando;
Tus pobres lágrimas ya no están solas,
Van á la mar rodando.

Vendrá el olvido, vendrá la calma,
No lo dudes, vendrán,
Y tus dolores, y hasta tu alma
Con las ondas irán.

M. VERGARA.

A CATANA EN LA ALDEA.

Te vi en la aldea.... ¡qué suerte!
Donde tú madre nació,
Catana mía, y se armó
La de Dios es Cristo al verte.

¡Qué algazara! ¡qué alegría
Reina en la aldea! es que son
Los días de la funcion;
¿No es verdad, Catana mia?

Deja la seda, el coral,
Las cintas, las perlas, todo;
Y ponte de cualquier modo
Un vestido de percal.

Hechicera eres así
Como de la otra manera;
Pues si Dios te hizo hechicera
No te mires más que á tí.

Ponte una cándida flor
De estas que brotan en torno,
Que ese es el mejor adorno
Que le cuadra á tu candor.

Si es una rosa sencilla
Con vivo color de grana,
Palidecerá Catana
Al ver el de tu mejilla.

Si es un clavel, mil agravios
De tus lábios sufrirá,
Porque con rubor verá
Que son claveles tus lábios.

¡Oyes la alegre campana
Que voltea en este día?
Pues da vueltas de alegría
Porque te ha visto, Catana.

¿No ves los cohetes rojos
Que hasta las nubes se elevan?
Pues ese fuego que llevan
Es el fuego de tus ojos.

La procesion es mañana:
¡Verás la Virgen, qué hermosa!
Sólo le falta una cosa:
Que hagas tú de ángel, Catana.

¿Quién te ve insensible y frío?
¿Quién ante tí no se pára?
¡Si hasta por verte tu cara
Se sale de madre el río!

Toros habrá que el Perú
No tiene con qué comprarlos:
¿Y quién se atreve á matarlos
Después que los mires tú?

Tú das vida, animacion,
A cuanto aquí te rodea:
No hay duda alguna; en la aldea
Hacen por tí la función.

Ahora á la corte regresas:
¿Y cómo allí te acomodas
A vivir entre las modas
Y las costumbres francesas?

¿No son para tí molestos
Los requiebros de un dandy?
Compara á un pollo de allí
Con un campesino de estos.

Verás cómo aquel se explica
Requebrándote al oído:
¿Y por qué? Porque ha sabido
Que sobre todo eres rica.

Aquí el que te diga amores
Será porque así lo sienta;
No porque ajuste la cuenta
De tus inmensos valores.

Huye de la sociedad

Que en adularte se afana;
Aquí en el campo, Catana,
Todo es la pura verdad.

Su corazon te dará
El que á tu vista se exalte:
No extrañes que el mío falte
Porque te lo he dado ya.

¡Bendita la aldea sea
En que tu madre nació!
¡Ay! ¡cuánto daría yo
Por ser hijo de esa aldea!

RICARDO DE LA VEGA.

BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS.

I.

WIERTZ.

Sé muy bien que á muchos de mis lectores sorprenderá el nombre con que van encabezadas estas líneas, y acaso encontrarán mal que coloque en un sitio que sólo corresponde á las grandes celebridades un personaje completamente desconocido en España.

Esta es justamente una de las razones que me han movido á publicar la biografía de Wiertz; la otra es que tal vez no sea perdido para nuestros jóvenes artistas el conocimiento de una historia, maravilloso ejemplo de lo que pueden en el arte el trabajo y la paciencia. Por otra parte, la enseñanza que se desprende de la existencia de Wiertz es también aplicable á todos los hombres, cualquiera que sea la condicion en que se encuentren.

Preseindamos por lo tanto del mayor ó menor mérito de Wiertz como pintor y de sus derechos á la celebridad; para mi propósito basta con que generalmente se le reconozca como un artista muy notable aun en sus mismos estravíos, nacidos de la grandeza de su genio, y de una originalidad violenta y atrevida.

Wiertz decia que el hacer bien una cosa es cuestion de tiempo; y esta máxima, que reduce el pensamiento de *Buffon*: «el genio es la paciencia.» Reducida á una fórmula más concreta y más precisa, ha sido el caballo alado con que ha recorrido Wiertz los ásperos senderos de la vida, que le ha ayudado á franquear los obstáculos, y que le ha conducido al fin á las radiantes cumbres de la gloria.

La vida entera de este hombre ha sido una aplicacion constante de su máxima: el secreto de su genio es su paciencia.

Desde su más tierna infancia dió pruebas de una energia de voluntad y de una perseverancia de que se hallan pocos ejemplos en la vida de otros hombres. A los cuatro años Wiertz se obstinaba en trazar con el lápiz ó con la pluma todo cuanto se presentaba á su vista; á los diez años pintaba retratos

sin haber recibido lecciones de nadie, y sin más guía que un trabajo dirigido por una voluntad ardiente; á los doce años nuestro jóven artista habia *reinventado* el grabado en madera.

Sabido es cuánta dificultad ofrece en este trabajo la interseccion de las líneas; pues Wiertz, á la edad en que la infancia balbucea las primeras nociones de la existencia, habia ya resuelto este problema. Y eso que cierta falta de observacion aumentaba las dificultades de su empresa: en lugar de servirse de planchas aserradas perpendicularmente al eje de la fibra, empleaba maderas cortadas en un sentido inverso. De este modo ejecutó varios grabados, cuyos dibujos habian sido compuestos por él mismo.

Por esta época hizo tambien su primer ensayo en la pintura al óleo.

Un tabernero del pais, que tenia noticias del precoz artista, le preguntó si querria pintarle un caballo negro para la muestra de su establecimiento; Wiertz contestó que eso debia pintarse al óleo, y que él carecia de colores.—«No se quede por eso, replicó el otro; se os dará todo lo necesario.»

Algunos dias despues el jóven pintor, provisto de colores, puso manos á la obra.

El caballo negro dejó estupefactos á todos los habitantes de la aldea. Los inteligentes se arriesgaron á predecir que si el muchacho encontraba apoyo, llegaria á ser el mejor pintor de muestras de toda la comarca.

Desde este momento Wiertz se apoderó de la pintura al óleo, y con espíritu fogoso se lanzó á las composiciones más atrevidas. En estas obras incorrectas, rudimentarias, llamaba la atencion la intensidad de vida y de movimiento que á pesar de las vacilaciones de la mano en ellas se revelaba.

En esta época, á los catorce años, Wiertz habia entrevisto su destino. Llegar á la cima del arte—fuese esta cima el Helicon ó el Gólgota—tal era su ambicion; eso queria.

En medio de las deslumbradoras aspiraciones que elevaban su entusiasmo hasta el delirio, Wiertz estaba atacado de una afeccion que podria llamarse la nostalgia de lo desconocido. Sin haber visto más que los malos cuadros de la iglesia de su pueblo, su alma de artista se consumia en la sed del ideal, y suspiraba por las fuentes vivas de las grandes obras del arte.

Wiertz se puso en camino para Amberes.

II.

Todos los obstáculos que un artista puede encontrar en su camino aguardaban á Wiertz en la ciudad de Rubens.

Allí vivió encerrado en una celdilla situada en un granero, sufriendo todas las formas de la miseria. Sin amigos, sin guías, sin protectores, Wiertz debió luchar solo, enteramente solo, contra las inmensas dificultades que encontraba á cada paso. Sin embargo, su indomable voluntad, su amor al trabajo y su inspirada fe en el porvenir, le sostienen y le alientan en su empresa.

No contento con el laurel de Rubens, que como una promesa sagrada se le aparece en los lejanos horizontes del porvenir, su génio audaz y ambicioso se atreve á soñar todas las glorias. Quiere el nombre de Miguel Angel, de Corneille y de Mozart; pero ¡ay! la enfermedad viene de pronto á demostrar al artista que la naturaleza ha hecho imposible esas aspiraciones, poniendo límites á nuestras fuerzas.

Wiertz se resigna á concentrar todas sus fuerzas en un solo objeto: la pintura. Pero la pintura, como él la entiende, debe absorber por si sola el estudio de todo un mundo artistico y científico.

De dia dibuja, pinta, modela; de noche, metido en la cama por no tener fuego, se entrega á los estudios anatómicos. ¡Cuántas veces le ha sucedido dormirse de cansancio con el lápiz en una mano y el escalpelo en la otra! ¡Cuántas veces, al despertarse en su desnuda y glacial buhardilla, con los cabellos blanqueados por la escarcha, no ha encontrado tendido junto á él un esqueleto y esparcidos á su alrededor los fragmentos humanos que habian servido para los trabajos de la víspera!

Esta existencia tan escepcional no podia menos de llamar la atencion pública. Todo Amberes quiso ver este singular muchacho, este filósofo de catorce años, este fenómeno, como empezaban á llamarle.

Un dia se presentó un aficionado ofreciendo á Wiertz una considerable suma por un boceto.—«Guardad vuestro oro, exclamó el austero muchacho; eso es la muerte del artista.»

El vulgo, para quien esta conducta era inesplicable, y que no acertaba á comprender un hombre que por tales senderos se encaminaba á la gloria, se vengaba llamándole estravagante y prodigándole los insultos y las burlas.

La vida que hacia Wiertz, por miserable que pareciera, tenia sus encantos especiales para este cenobita del arte. Las paredes de su habitacion estaban desnudas; el tiempo y la humedad habian dejado impresas sus huellas por todas partes. ¿Qué importa? Los sueños de aquella poderosa imaginacion convertian el granero en un palacio: en donde el vulgo no veia más que paredes deterioradas, el génio del pintor veia desarrollarse y retorcerse los grupos fulgurantes de sus titanes lanzándose á la conquista de los cielos. Otras veces hallaba sus placeres en la música; el artista cantaba y tocaba diversos instrumentos, de tal modo que la gente se detenia en la calle creyendo que dentro se daba un gran concierto.

Un dia estas orgías musicales llamaron la atencion de un músico célebre que se presentó en casa de Wiertz y le dijo: «Yo doy lecciones de música á veinte francos cada una; si quereis que os enseñe, os daré veinte francos por cada leccion mia que recibais.»—Gracias, contestó Wiertz; despues que yo haya estudiado algo, quereis inducirme á dar conciertos, y yo no tengo tiempo para eso.

Wiertz no tenia más recursos para vivir que una pension anual de cien florines que le habia concedido el gobierno enterado de la asombrosa disposicion del artista.

Durante su permanencia en Amberes, Wiertz hizo dos viajes á París, donde continuaba la misma vida de trabajo y privaciones.

Pasados algunos años, el pintor habia adquirido la habilidad técnica suficiente para trasladar al lienzo parte de sus aspiraciones; en esta época se abrió un certámen para la pension de Roma; Wiertz concurrió y obtuvo el premio.

(Se continuará.)

ANTONIO ECHAVARRÍA.

REVISTA LÍRICA.

Comprometida tarea es á la verdad formar un juicio de artistas á quienes se ha oído en una sola obra, de lo que resulta tener muchas veces que rectificar en parte el dictámen ya emitido. Afortunadamente para nosotros, no nos vemos en este caso, puesto que lo dicho acerca de los cantantes que ejecutaron *La Forza*, *Saffo* y *Romeo é Giulietta*, nos lo han confirmado ellos mismos con su nueva presentacion en las siguientes óperas. Y si nos escedimos al escribir la Revista primera, cábenos la satisfaccion de que haya sido en bien de alguno de los artistas para quien estuvimos tal vez más benévolos de lo debido. Queremos mejor que se nos tache al principio de indulgentes, que no de severos y animosos en contra de la empresa y sus artistas. Sin embargo, una continuada indulgencia nos pudiera acarrear la nota de apasionados, que evitaremos y rechazamos ahora y siempre.

Despues de estas aclaraciones que nos ha parecido conveniente esponer, pasaremos á dar cuenta de las últimas funciones del régio coliseo.

Siete obras ha dado la empresa del teatro Real desde el día en que quedaron abiertas para el público las puertas de éste. Cuatro de ellas han sido *La Forza*, *Romeo é Giulietta* (de que ya nos ocupamos), *Poliuto* y *Semiramide*. ¡Cuán poco ha conocido la empresa el gusto del público de Madrid, ó cuán poca ha sido su voluntad para satisfacerle! Quiere decir que entre las óperas ejecutadas, ha sido la mayoría de las que no producen entusiasmo, por más que se reconozca su mérito. Esto es sin duda un yerro. Otro, y no pequeño, se ha cometido pensando que pueden salvar el efecto general de un *spartito* uno ó dos artistas cuyas dotes lucren más en él que en otro alguno. ¿Pues qué diremos de la manía de introducir en casi todas las óperas piezas estrañas, y á veces de un género muy diverso? Esto es reprehensible, aunque muchos artistas se crean con un indisputable derecho para hacerlo.

Saffo, *Poliuto*, *Lucrezia* y *Favorita* han tenido que sufrir estas reformas de sus *arregladores*. El buen cantante brilla siempre, y no necesita ni debe, sin consentimiento del autor, introducir piezas que, por escelentes que sean, no estarán tan conformes á la situacion como las escritas á propósito para ella. ¡Si al menos no suprimieran estas! Pero las supre-

siones parece que se hallan en voga, y los directores que tienen obligacion y pueden oponerse á ellas, no se cuidan mucho de evitar la mutilacion de las obras.

Los *cortes* que se hacen en las piezas son otra distinta clase de mutilaciones, aun más censurable, si cabe, que las anteriores. ¿Quién se considerará con bastante acierto para cortar las inspiraciones de Rossini, Bellini, Donizetti y demas célebres autores? Pero no sólo se han hecho cortes en todas ó casi todas las óperas, sino que sobre estar bien poco meditados los de *Semiramide*, se han suprimido en ella varios y admirables preludios que nos han privado oír.

Por último, y para acabar con la reseña de los defectos capitales que hemos hallado en las óperas oídas hasta el día, diremos que se nota una marcada tendencia á llevar algunos *aires* más ligeros de lo debido, con lo que se pone, tanto á los cantantes como á los instrumentistas, en compromisos que, por más que su notoria habilidad sepa triunfar de ellos, no están en el caso de arrostrarlos con gusto.

Espondremos ahora brevemente nuestro parecer sobre cada ópera en particular, empezando por *Poliuto*, obra de que no dimos cuenta en la anterior Revista.

Poliuto, de cuyas partes se encargaron la señora Marchissio (Carlota) y los Sres. Fraschini, De Bassini y Medini, ha tenido una ejecucion regular.

La señora Marchissio dijo con esa maestria que tanto la caracteriza el *duetto* de soprano y baritono del acto segundo, el final de este y el *duetto* del último acto: «¡Ah! fuggi da morte orribil.» El *allegro* de este *duetto* le cantó con una energia digna de todo encomio.

El Sr. Fraschini, en la *preghiera* del acto primero, el final del segundo y el *duetto* del tercero, estuvo muy bien; mas preciso es confesar que en la gran escena en que *Poliuto* hace la confesion de su fe, esperábamos mayor entusiasmo, y aun habremos de añadir que el Sr. Fraschini dejó en ella bastante que desear.

El Sr. De Bassini no hace gran cosa en su papel de *Secero*, poco á propósito para él.

El Sr. Medini llenó bien su cometido, y segun le vamos oyendo nos agrada cada vez más.

Semiramide es la obra de las señoras Marchissio, y en la que desde el principio al final consiguen una ovacion continua. Señalar piezas en que sobresalgan, lo creemos inútil: en todas están inimitables. Seguramente no habrá hoy en el mundo artístico quien se pueda comparar con ellas en esta grandiosa concepcion de Rossini. Cada noche que se ejecuta varían las cadencias, dando á veces por resultado que por sobrecargar algunas de inmensas dificultades, descuidan un poco su gusto, si bien esto no sucede con frecuencia.

El Sr. Palmeri dice con facilidad los pasajes de ejecucion; pero en lo demas no satisface.

No queremos juzgar del Sr. Agnesi por las noticias que de sus facultades hemos adquirido, y nos

concretamos á decir que su voz no es desagradable, que pronuncia con gran claridad, y que en *Semiramide* desempeña perfectamente la parte que le está encomendada.

Si el inmortal Rossini hubiera oído la sinfonia de su obra, la primera noche que se tocó en esta temporada, no dudamos que habría deseado cien coronas para los profesores que tan bien saben interpretar sus pensamientos.

Lucrezia y *Favorita* están dando á la empresa un magnífico resultado.

En *Lucrezia* hemos oído nuevamente á la señora Penco, quien nos ha hecho ver que si el tiempo no pasa en valde con relacion á sus facultades vocales, es impotente para hacer disminuir su gran talento y para apagar el entusiasmo de su alma artistica. ¿Qué soprano no anhelará llegar á la altura que la señora Penco en *Lucrezia*?

Orsino no es personaje de mucho lucimiento, y la señora Biancolini agrada en éste menos que en el de *Romeo* con que se presentó al público.

El Sr. Fraschini interpreta el papel de *Genaro* tal vez como el de ninguna otra ópera, si exceptuamos el de *Edgardo* en *Lucia*; pero así como le encontramos conmovedor y entusiasta cuando al final esclama: «*Sono un Borgia*,» así tambien no podemos esplicarnos su frialdad al declararle *Lucrecia* que está envenenado.

El Sr. De Bassini, en la parte de *duca Alfonso*, lucha ante el público de Madrid con recuerdos gratísimos de distinguidos artistas, y sin embargo, nadie podrá decir que el Sr. De Bassini deja de caracterizar como es debido su interesante papel.

Favorita ha sido indudablemente la ópera de mejor conjunto y mayor efecto entre las cuatro de que damos cuenta.

La señora Borghi y el Sr. Naudin han obtenido repetidísimos aplausos. Ambos estuvieron admirables en el *duetto* «*Ah! mio bene*» del primer acto, en el final del tercero y en el *duetto* «*Pietoso al par del Nume*» del cuarto.

Esceptuando al gran Mario, no creemos que Naudin tenga rival en esta ópera, cuyo acto tercero desempeña con una valentia nada comun.

El Sr. Storti, tiene momentos muy regulares, y sentimos que en ellos no le dé el público muestras de aprobacion para animarle.

El Sr. Medini hace un excelente prior. Sus maneras graves y nobles, así como su hermosa voz, se hermanan perfectamente con el papel de *Baldassare*.

Los coros en *Favorita* y *Lucrezia* han estado muy bien. ¡Ojalá pudiéramos decir siempre lo mismo!

Los Sres. Ferri y Busato merecen justos elogios por las decoraciones que han presentado en *Lucrecia*, cuya verdad ha admirado á muchas personas que se han creído trasportadas á la bella Venecia.

J. ILDEFONSO JIMENO.

VARIEDADES.

La pieza en un acto titulada *El padre de la criatura* que se representa en el teatro de Jovellanos es cada noche más aplaudida. D. Juan Catalina, autor de la obra y encargado al mismo tiempo del principal papel, consigue en ella un doble triunfo por lo bien que la representa y por el ingenio y la gracia con que está escrita.

En la próxima Revista de teatros hablaremos de ella con alguna más estension. Entretanto felicitamos al Sr. Catalina por el resultado de su obra.

**

En el periódico *Lo Noy de la Mare* que publica en Barcelona el Sr. Lopez, hemos leído un artículo fantástico-humorístico titulado *UN CAS*, que recomendamos á los lectores.... que sepan el catalan.

Lástima es que trabajos como el que hemos citado y otros muchos no menos ingeniosos que diariamente se publican en Barcelona, deban limitarse á un círculo muy reducido de lectores por estar escritos en una lengua que no es comun á todos los españoles.

Si algunas veces sentimos no entender bien el catalan para poder apreciar el mérito de los escritores del Principado, más sensible nos parece que estos se priven del mayor aplauso que alcanzarían si fuesen entendidos de todo el mundo.

**

Sabemos que varios artistas han concebido el proyecto de hacer ejecutar en mármol el busto del señor Indo, y regalárselo en muestra de gratitud por haberse encargado este señor de construir el local destinado á la Esposicion de Bellas Artes.

Nos parece muy bien la idea. El Sr. Indo se ha hecho acreedor al agradecimiento de los artistas, encargándose de construir un edificio que asegure á lo menos por doce años las esposiciones artisticas con mejores condiciones de las que han tenido hasta ahora.

Nuestros más distinguidos artistas se han asociado á este pensamiento, que se realizará por medio de una suscripcion. Segun creemos, la ejecucion del busto se encomendará al Sr. Belloez ó al Sr. Figueras; ambos han dado suficientes pruebas de su talento para que á cualquiera de ellos que se encomiende la obra resulte digna del fin á que se destina.

**

El viernes falleció, á los 42 años, la reputada cantante Sra. Cruz de Gassier. La abundancia de original nos impide ocuparnos más largamente de esta célebre artista cuya pérdida será muy sentida por todos los aficionados á la música.

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.